

Análisis

Corea del Sur: del “milagro económico” a la era del FMI*

DOI: 10.32870/mycp.v7i22.224

Alfredo Romero Castilla*

Más allá de las imágenes contrapuestas de exotismo y avance tecnológico representadas por las escenas idílicas de lo que en otra época fue Choson, “la tierra de la tranquilidad matutina”, y el caso de un país exitoso que, en tres décadas, superó el estigma del subdesarrollo gracias a un acelerado proceso de transformación histórica que ha sido denominado “el milagro del Río Jan”, a finales de 1997 irrumpió de súbito el panorama de una nación en crisis; situación difícilmente imaginada por los analistas de la economía de Corea del Sur. Si bien en la mayoría de los casos estos observadores solían apuntar algunos problemas, a la postre siempre terminaban por disipar temores asegurando que no había motivos para pensar que el futuro promisorio de la economía sudcoreana pudiera interrumpirse.

Crisis resulta una expresión tal vez muy dura para referirse a un hecho que, en primera instancia, pareciera obedecer más a los efectos de una quiebra financiera surgida fuera del territorio de Corea del Sur y que también afectó las florecientes economías asiáticas. Empero sería un error de apreciación interpretarla únicamente como la reacción en cadena de un fenómeno generado por la caída de los mercados bursátiles. Se impone, por tanto, explorar

- Se ha utilizado el sistema de la UNAM para la transcripción de las palabras en coreano, por considerar que es el que más se aproxima a la sonoridad del español.

* Investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

aquellas cuestiones de carácter político y social que afectaron al modelo económico adoptado con el fin de documentar el hecho de la presencia prolongada de diversos desajustes.

Junto a los discursos que ensalzaban el proceso de crecimiento económico sudcoreano como un fenómeno sin parangón en la historia mundial, también hubo voces con menor resonancia que, desde la década de los ochenta, advirtieron síntomas de agotamiento en el modelo represivo y desequilibrado que condujo a la transformación económica. Si bien la estrategia de economía de exportación, surgida a partir de la década de 1960, dio un impulso dinámico a la economía que permitió alcanzar altos índices de crecimiento e incrementar los niveles de vida de la población, en las postrimerías del siglo XX se hicieron evidentes los indicios de que tal auge había perdido fuerza y en el fondo aparecían varios signos de deterioro.

En 1988 la tasa de crecimiento fue de 12.2% y en 1989 ésta descendió abruptamente a 6.5%; lo mismo aconteció con el superávit en cuenta corriente que en 1988 pasó de 14.2 mil millones de dólares, 8.4% del PNB, a 5.5 mil millones de dólares, es decir, 2.5% del producto en 1989. Por esos mismos años el índice de exportaciones tuvo un descenso que llegó a registrar tasas entre un 28% y 3%. Estos datos daban la impresión de que la economía sudcoreana estaba enfrentando una severa crisis, a la que el gobierno parecía no darle mayor importancia.¹

La explicación de este declive se encuentra en dos factores principales. En primer lugar, el incremento acelerado de los salarios que, de una tasa de un solo dígito, se elevó un 20% en 1989. Esta liberación de la fuerza de trabajo trajo consigo una secuela de conflictos laborales que dislocaron el ritmo de la producción y provocaron la desmoralización de los empresarios. En segundo término se encuentra la revaluación del won frente al dólar: 12% durante el período 1986-1987 y 15% en 1988, situación que se prolongó hasta 1989.²

El primer factor revela un elemento inusitado. El aumento de los salarios vino a alterar las bases sobre las que hasta entonces había descansado el modelo sudcoreano.

Esta nueva situación abrió la puerta para hacer todo tipo de críticas. El reproche principal al gobierno fue haber mantenido, durante todo ese tiempo, una colusión con los intereses empresariales, sobre todo con los de los *chebol*, esos grandes conglomerados prohijados por las políticas gubernamentales, que han sido los principales beneficiarios del crecimiento económico en detrimento de los trabajadores y los campesinos. De esta manera, afloraron las contradicciones económicas y políticas, agudizándose sus efectos en la sociedad sudcoreana.

Estos reclamos se hicieron más evidentes durante la campaña presidencial de 1992 que culminó en el triunfo de Kim Young-sam, el primer presidente civil en treinta años, quien con el lema de "Construir una nueva Corea" trazó una política que se propuso atacar la corrupción, un mal endémico en la sociedad sudcoreana, e impulsar una reforma económica.

En 1996 el gobierno de Kim enjuició bajo cargos de corrupción a sus inmediatos predecesores Chun Doo-hwan y Roh Tae-woo. Asimismo, fueron exhibidos algunos dirigentes de los *chebol* acusados de haber pagado sobornos a estos presidentes. Los dueños de las grandes fortunas fueron además criticados por sus derroches dispendiosos, imputándoseles la

responsabilidad de los reveses sufridos por la economía.

Todos estos problemas imponían la necesidad de revisar los mecanismos de política económica seguidos e impulsar una reforma, la cual implicaba: la revisión del papel jugado por el Estado en la planeación de los programas económicos, un cambio en la relación simbiótica entre los grandes conglomerados y el gobierno y la necesidad de fundar, sobre bases más firmes, un auténtico sistema de mercado.

Kim Young-sam terminó su período sin haber dado respuesta satisfactoria a estas cuestiones, envuelto él mismo en un escándalo de corrupción protagonizado por uno de sus hijos y el quebranto del sistema financiero que llevó a la bancarrota a varias empresas, haciendo más ostensible la viciada relación del binomio gobierno-conglomerados industriales y la gravedad de los desequilibrios económicos. A partir de estos antecedentes bajo ningún concepto puede afirmarse que el estallido de la crisis haya sido una sorpresa. El hecho realmente inusitado fue el mecanismo de solución: un paquete de rescate por 55 mil millones de dólares firmado con el Fondo Monetario Internacional FMI, organismo que hasta entonces había sido un anatema para los planificadores de la política económica de Corea del Sur, el cual implicaba aceptar severas medidas de ajuste económico, que tampoco resultaban gratas.

La naturaleza de esta crisis rebasa los límites de la economía porque ha venido a plantear un cambio de rumbo en la vida de Corea del Sur, cuyos resultados aún son difíciles de advertir. Por tanto, a siete años de distancia es conveniente evocar, a manera de viñetas, los efectos inmediatos que el deterioro de la economía tuvo en la conciencia de la sociedad y en las estructuras económicas y políticas del país. La rapidez con que se sucedieron estos acontecimientos impide tenerlos presentes en la memoria, pero es importante retrotraerlos en el tiempo porque en el futuro serán los prolegómenos obligados para todo

aquel que pretenda evaluar la política del gobierno de Kim Dae-jung, el significado de las medidas sugeridas por el FMI, los logros de la reconstrucción económica, la continuidad de la democracia y, sobre todo, la recuperación del ánimo entre los diversos sectores sociales, quienes por causa de la crisis entraron en una etapa de pérdida de la confianza en sí mismos y en las instituciones.

Jan y el nacionalismo económico

Ciertamente, el primer efecto de la crisis fue el desencanto sufrido por la población sudcoreana al verse de improviso retrotraída a la época de austeridad y sacrificio impuesta por los regímenes militares, etapa que en el imaginario social se daba ya por superada gracias a la bonanza económica producida. La comprensión de este sentimiento de frustración entraña incursionar en el ámbito de la psicología social y referirse en primer término al concepto *jan* como el elemento explicativo de las motivaciones que, en un primer momento, llevaron a la población de Corea del Sur a aceptar la imposición de una política económica impulsada por la nada invisible *manu militari*. Esta idea permite también percibir los alcances de la reacción chovinista expresada inmediatamente después del estallido de la crisis y de las resistencias expresadas ante el recrudescimiento de los problemas sociales que ésta trajo consigo.

El acelerado proceso de crecimiento económico de Corea del Sur ha sido objeto de múltiples explicaciones. Para algunos autores, éste fue impulsado por la combinación de una fuerza de trabajo disciplinada y educada y el papel del gobierno en la planeación del desarrollo. Para otros, fueron la ayuda de Estados Unidos y los flujos de inversión extranjera los factores dominantes. Algunos más se remontaron al legado de 35 años de dominación colonial japonesa, período durante el cual se incubaron las bases del modelo de industrialización. Otros lo definieron como un caso de industrialización tardía fincado en la adopción de la tecnología extranjera y no en la innovación. También ha habido quienes se refirieron

a la cultura e hicieron de la ética confuciana el pilar sobre el que descansaba la transformación. Finalmente, hubo quienes centraron la atención en el impulso psicológico del nacionalismo como el resorte que condujo a la modernización.

El crecimiento económico es un proceso multifacético cuya explicación no puede radicar en un solo factor porque es el resultado de las relaciones generadas entre los distintos grupos sociales que forman un país. Por tanto, en el caso de Corea del Sur, la referencia al nacionalismo sólo posee sentido en la medida en que permite comprender las actitudes asumidas por la población frente a la experiencia vivida y vislumbrar el alcance de los efectos sociales que la crisis suscitó.

Desde una perspectiva histórica el nacionalismo resulta un proceso bastante complejo que ocupa un largo y contradictorio capítulo en la historia coreana; se impone por tanto establecer una delimitación. El nacionalismo que se ha expresado como consecuencia de la crisis, resulta muy distinto al del movimiento intelectual y de lucha por la independencia aparecido en la década de 1920 y al del nacionalismo revolucionario surgido también por esa misma época. En el caso presente se trata de las manifestaciones nacionalistas imbuidas durante la década de 1960. Éstas tienen en común las ideas del nacionalismo cultural sobre la importancia de construir las bases de la independencia económica y política expresadas durante aquellos primeros años, pero en su acepción actual son producto de la llegada al poder de los militares y de su llamado a la población a tener confianza y poner lo mejor de uno mismo en aras del progreso de la nación.

En efecto, durante la década de 1960 proliferaron las arengas presidenciales saturadas de constantes llamamientos para formar una causa común en torno a la construcción de una nueva conciencia nacional, para lo cual se requería de un esfuerzo de todo el conglomerado social que convergiera en la construcción de un único proyecto de nación. Woo Jung-en considera que la respuesta popular a estas pro-

Análisis

clamas constituye la expresión de un nacionalismo económico que imbuyó en la población las ideas de la autosuficiencia como virtud, meta más significativa que la simple búsqueda de la prosperidad. De esta manera, el nacionalismo quedó plasmado como un sentimiento de acción colectiva opuesto a cualquier manifestación de carácter individual.³

Robert Wade ha considerado estas expresiones como los elementos de una nueva etapa en el proceso de construcción de la identidad nacional, cuyas raíces se remontan a la época de la dominación colonial japonesa que abrió una profunda grieta en la identidad étnica coreana, la que no obstante plantó la semilla para el cultivo de un fuerte nacionalismo que ha servido de coraza a la idea que, a la postre, proyectó la imagen que concibe a todo el pueblo sudcoreano como una entidad solitaria que deberá estar siempre alerta para cualquier embate proveniente del resto del mundo.⁴

Se trata entonces de un fenómeno de afirmación de identidad surgido como rechazo al proyecto de absorción cultural que la política colonial japonesa pretendió imponer, y es a partir de esta experiencia que se acuñó el concepto *jan* para definir el impulso psicológico que dio pábulo a este nuevo espíritu nacionalista. Pero, ¿qué significa *jan* y de qué manera constituye un resorte propulsor del nacionalismo?

La definición etimológica de *jan* es, según el libro *The Ethimologies of 3,000 Chinese Characters in Common Usage*, citado por Lee Hee-Kyung,⁵ una “herida en carne viva” o “una huella indeleble en el corazón”, y está expresado por el carácter chino *shim*, corazón, y el carácter *kun*, núcleo. De acuerdo con esta misma autora, en el diccionario de la lengua coreana *jan* aparece definido de dos maneras: *wonjan*, expresión que podría ser interpretada como resentimiento, y *jantan*, que quiere decir lamentarse de este *wonjan*.

Esta definición etimológica no logra abarcar todo el sentido que dentro de la cultura coreana reviste el concepto *jan*. Por tal razón,

la autora opta por expresarlo como resentimiento o bien como tristeza, actitudes generalizadas en todos los sectores de la sociedad sudcoreana representadas por una mezcla de sentimientos, a veces encontrados, que oscilan entre la sensación de ser oprimido y un ansia de revancha; además de un sentimiento de tristeza producido por la sensación de tener un deseo insatisfecho.⁶

Otro autor, Paek Sang-chang, define al *jan* como una propensión a la tristeza, una especie de angustia crónica fundada en una tradición cultural que ha propuesto la búsqueda de la armonía, lo cual impone el control de los instintos, de las emociones y constituye, por tanto, una fuerza interior que permanece oculta. Empero, para Kim Kyong-dong, el *jan* es el resultado de la totalidad de un vacío colectivo, histórico y cultural, un estado de ánimo fuertemente anclado en la psique coreana, un sentimiento generalizado de fervor nacional profundamente arraigado en el alma coreana.⁷

De esta manera se desprende que se trata de una actitud que en todo momento busca mantener vivo el orgullo de ser coreano, una afirmación de la identidad nacional luego de la experiencia traumática infringida por el dominio colonial de Japón. En este hecho radica el sentido que le imprime al concepto su carácter clave para explicar la formación del proceso de industrialización que llevó a los sudcoreanos a asumir el compromiso de trabajar y cumplir con las metas de la producción. Dicho de otra manera, esta actitud es el resultado de una experiencia histórica marcada por la pobreza, la humillación, la pérdida de la soberanía nacional y el atraso científico y tecnológico.

En consecuencia, *jan* es el elemento psicológico que ha fortalecido el espíritu nacionalista subyacente en todas las conductas de la población sudcoreana. En este sentido, cada miembro de la sociedad actúa de acuerdo con su propio *jan*, comprometiéndose a realizar su mejor esfuerzo para lograr las metas que se propone en todos los planos de su vida. El *jan* resulta ser entonces la fuerza motriz del cre-

cimiento económico de Corea del Sur fincada en el anhelo de que el pasado histórico quede atrás y que nunca más el pueblo coreano vuelva a ser objeto de humillación.⁸

Sin embargo, la idea de *jan* como ejemplo de un nuevo sentimiento nacional debe ser tomado con cautela, porque sería equívoco interpretarlo como un bloque sólido que hace actuar al unísono a todo el universo social sudcoreano. Hay una multiplicidad de manifestaciones nacionalistas enfrentadas entre sí en un debate que ha girado no en torno al concepto propiamente dicho, sino sobre el tipo de nacionalismo susceptible de poseer un mayor significado. Dicho de otra manera, toda esta multiplicidad de visiones sobre el nacionalismo ha abierto el cauce para la expresión de diversas opiniones y proyectos sobre el contenido que debe tener la definición de los *kugik*: los intereses nacionales.

En las últimas décadas se ha hecho más evidente esta discrepancia sobre la ideología nacionalista. No podría ser de otra manera, porque como todo hecho social, el fenómeno del nacionalismo es producto de las motivaciones humanas, y en el caso de Corea del Sur posee entre tantas implicaciones, efectos sobre la política de industrialización y la forma de percibir la influencia extranjera.

Todos estos elementos constituyen estímulos que tienden a producir diversas reacciones como las que han aflorado a raíz de la crisis económica. En este sentido, debe advertirse que no es lo mismo el uso del nacionalismo que hacen los dueños de los *chebol*, con el fin de legitimar las acciones de sus empresas, los privilegios que detentan y el control que ejercen sobre los trabajadores, al que estos últimos tienen sobre el estado de sus con-

diciones laborales. De igual manera, también resulta diferente el nacionalismo preconizado por el gobierno al nacionalismo de los disidentes que se oponen a sus políticas. En este sentido, resulta inevitable el enfrentamiento entre todas estas tendencias nacionalistas, a pesar de que aparentan ser del mismo cuño.⁹

En esta última etapa, la modernización sudcoreana se desenvuelve entre el imperati-

vo de incorporarse plenamente a un mercado globalizado y la necesidad de mantener las bases de un modelo de desarrollo propio. En ambas situaciones, el concepto *jan* actúa como catalizador de las distintas conductas sociales, lo que constituye el motor de un nacionalismo que en el pasado más reciente logró conjuntar voluntades para la construcción de un modelo de crecimiento autónomo, y hoy debe buscar fórmulas idóneas que permitan su transformación. Se impone entonces revisar algunos de los problemas sociales que la crisis puso en evidencia, en los que se

conjugan las reacciones nacionalistas con fenómenos estructurales del desarrollo histórico más reciente.

Una sociedad frustrada y chovinista

El anuncio de la firma de un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional tuvo un impacto demoledor que produjo todo tipo de reacciones. Las movilizaciones convocadas por distintos grupos organizados en torno a una coalición ciudadana por la justicia económica, estuvieron imbuidas de un celo patriótico dirigido en contra del FMI y los extranjeros en general. La *vox populi* se expresó de muy diversas maneras. Los periódicos equipararon la aceptación de este acuerdo con la firma del Tratado de Anexión a Japón en 1910. Las amas

La modernidad capitalista de Corea del Sur se fincó sobre las bases de su cultura tradicional y de nuevos elementos de la cultura moderna aportados por el cristianismo, la colonización japonesa y la ocupación de Estados Unidos

Análisis

de casa hicieron campañas en las calles llamando a la austeridad y al ahorro. Los viajes al extranjero fueron cancelados y quienes tuvieron que realizarlos, a su regreso, entregaron en los bancos las divisas no utilizadas como una contribución para resarcir la devaluación del won, la unidad monetaria sudcoreana. Los manifestantes se pronunciaron por efectuar una campaña nacional en contra de las importaciones de lujo y exigir la renuncia de los funcionarios gubernamentales responsables de la crisis.¹⁰

Otra muestra de patriotismo fue el llamado a la población para donar las joyas de oro y diamantes de su propiedad para con el producto de su venta comprar divisas y poder contribuir al pago de los empréstitos otorgados por el FMI. Por los centros de acopio desfilaron miembros de todos los sectores sociales, quienes donaron desde anillos de boda, pulseras, collares y medallas hasta los trofeos ganados por una estrella deportiva, las existencias de una joyería en la ciudad de Tegu y las piezas de arte en oro propiedad del presidente electo, Kim Dae-jung. Para el mes de febrero de 1998 se habían reunido 200 toneladas de oro y se esperaba reunir todavía más.¹¹

Ahorrar o gastar fue el dilema en que empezó a debatirse una población que meses antes parecía engolosinada con las mieles del consumo. La crisis forzó cambios en los estilos de vida, pero el tono de los llamados a la frugalidad generaron inquietud entre los círculos gubernamentales y de las empresas porque, como lo declarara Kim Dae-jung, “una frugalidad excesiva puede ser contraproducente [...]”.¹²

Una vez más afloró la idea de una nación enfrentada contra el mundo, reflejada en la interpretación de las cláusulas sobre la apertura del mercado contenidas en el acuerdo con el FMI, las cuales fueron vistas como una conspiración extranjera instigada por Estados Unidos y Japón con la intención de imponer a Corea del Sur una nueva dominación colonial. Independientemente de las consideraciones que merezcan las recomendaciones hechas por

el FMI, resulta exagerada esta visión porque pareciera no tomar en cuenta las causas internas del deterioro de la economía que llevaron a buscar la participación del Fondo y la diferencia entre las políticas de Estados Unidos y Japón que están muy lejos de ser convergentes.

Empero, no puede pedirse a una sociedad afectada por toda clase de incertidumbres, una reflexión serena cuando tiene una serie de problemas a los que no les ve una solución inmediata. Por fortuna, este fervor nacionalista no trajo consigo manifestaciones xenófobas realmente graves. Podría decirse que, a pesar de este sentimiento de frustración, en la mayoría de la población prevaleció el ánimo de aceptar la injerencia del Fondo y el acatamiento de las medidas de reforma económica sugeridas, aunque en su interior subyace el malestar por la intrusión extranjera.

Por tanto, la campaña en contra de la compra de productos extranjeros no perdió su impulso y continuaron la movilización ciudadana y la convocatoria a preservar las reservas de divisas. Los artículos importados considerados poco antes como símbolo de poder adquisitivo fueron objeto de rechazo de la noche a la mañana. Grupos estudiantiles llevaron a cabo quemas públicas de artículos extranjeros y llamaron a hacer un boicot contra las importaciones; se produjeron actos de vandalismo en contra de los propietarios de automóviles de marcas extranjeras, quienes tuvieron que enfrentar, además, la negativa de los empleados de las estaciones de servicio a surtirles la gasolina.¹³

El sector tal vez más confundido fue el de los jóvenes. Las tiendas de artículos importados en Myongdong, las secciones de productos extranjeros en los grandes centros comerciales y las exclusivas boutiques de Apuyondong vieron mermadas sus ventas. En una encuesta levantada entre la población adolescente la mayoría opinó que empezaría a usar ropa fabricada en el país y dejaría de asistir a los establecimientos de comida rápida. La com-

pra de productos nacionales se convirtió en consigna.

Los dueños de los restaurantes de franquicias extranjeras salieron en defensa de sus negocios y respondieron a los ataques señalando que, a pesar de sus nombres, eran empresas con inversión total de capital nacional. En el mismo sentido se pronunciaron los fabricantes de ropa, y Kim Dae-jung hizo lo propio en una entrevista concedida después de su ratificación como presidente electo, cuando afirmó que “el capital no tiene nacionalidad. Una compañía extranjera que invierte su dinero en Corea se convierte por ese hecho en una compañía coreana”.¹⁴ Sin embargo, esta idea no es fácil de romper porque de ella participan casi todos los sectores de la sociedad sudcoreana, entre los que se encuentran los burócratas y los empleados de los grandes conglomerados, quienes también consideran la presencia extranjera como un elemento nocivo que inhibe el libre desarrollo de la economía de Corea del Sur. Finalmente, ya como presidente, Kim no tuvo más alternativa que conminar a los funcionarios de su gobierno y a la población en general a poner fin a la campaña de sólo comprar productos sudcoreanos.¹⁵

La aceptación de estas realidades por parte de la sociedad requería de mayor tiempo porque no resultaba fácil para la población evitar la evocación de la experiencia histórica que hizo de Corea tierra de paso de invasiones extranjeras y víctima de una última herida infringida por Japón a partir de 1876, cuyo corolario fue la anexión y el dominio colonial. La preservación de la identidad étnica y la nación son reacciones en defensa propia, reavivadas por la crisis; cuando la población no encuentra más asidero acomete un acto de introspección como una forma de refrendar su rechazo al extranjero.

En la opinión de algunos analistas, la afirmación de esta identidad se expresa en la diferencia que los coreanos establecen entre nosotros, *uri*, y los otros, lo que equivale en palabras del empresario y columnista Lee Young Gil, a que en la sociedad sudcoreana

contemporánea *uri* significa nuestro país ante todo y por lo tanto, los otros, los extranjeros no tienen cabida en nuestras vidas. Esta actitud tiene similitudes con la de Corea del Norte, donde ha sido llevada a un mayor extremo y tiene como símbolo a la idea *chuche*: la autodependencia.¹⁶

Los vericuetos del camino hacia el crecimiento

Según se ha señalado, si bien la actual crisis de Corea del Sur reviste en un primer análisis el carácter de un problema financiero, en esencia resulta ser una crisis más compleja. Los estudios que dieron cuenta de la transformación económica sudcoreana como una historia exitosa pusieron poca atención a las contradicciones económicas y sociales generadas por sus propios logros.

El crecimiento económico y la transformación industrial de Corea del Sur fue el resultado de una política de planeación económica impuesta por regímenes dictatoriales encabezados por militares que, por un lado, convocaron a la gente al sacrificio en aras de la industrialización y, por otro, le negaron sus derechos políticos, civiles y laborales. La fuente del crecimiento fue la explotación de obreros y campesinos a quienes se reprimió ante el menor asomo de protesta. Empero, a partir de la década de los ochenta se empezó a perfilar más claramente la presencia de grupos organizados de obreros, campesinos, mujeres, estudiantes y marginados que rechazaban el modelo impuesto y demandaban un cambio. Éste no se dio y la estrategia de política económica no sufrió cambios sustanciales.¹⁷

No obstante, la historia de Corea del Sur en estos últimos 30 años ha sido la de una verdadera transformación. El éxito económico no fue un “milagro” pero sí un proceso de extraordinario dinamismo. Su principal protagonista fue la sociedad sudcoreana en su conjunto, con cuyos esfuerzos se logró la construcción de una sólida estructura industrial, concentrada en los grandes conglomerados los que, al participar de lleno en el mercado internacional, al-

canzaron otra meta: rivalizar con las grandes compañías transnacionales extranjeras.

Estos cambios económicos transformaron a su vez las relaciones sociales. Sus efectos repercutieron en los ingresos de la población, el alza de los niveles de vida, el acceso a la educación que permitió la formación de cuadros técnicos y una mano de obra altamente calificada, una movilidad social que fortaleció la formación de nuevos estratos que a la postre comenzaron a demandar cambios sociales y políticos, exigencias que fueron atendidas y desembocaron en un proceso de democratización al que la crisis le imprimió un nuevo impulso con el triunfo en las elecciones presidenciales, celebradas a finales de 1997, de un candidato opositor.

Dicho de otra manera, se trata del principio del fin de un proceso que, a partir de ese fatídico año, se ve verdaderamente impelido a transformarse y aceptar la demanda de convertirse en una economía abierta, para lo cual debe efectuar un cambio radical de las prácticas de política económica anteriormente seguidas. Esto implica aceptar la participación externa, una cuestión que choca con el orgullo nacional, el que junto con las relaciones sociales de carácter vertical y el valor conferido a la formación educativa, deben continuar siendo los factores decisivos para la construcción de una economía moderna. Pero el nacionalismo que permitió conjuntar voluntades en pro del crecimiento económico aparece ahora como un factor inhibitor de la participación de Corea del Sur en una economía mundial más integrada. Extraña paradoja, porque el país resulta ser víctima de la misma rigidez que en la década de los sesenta le permitió impulsar con éxito el crecimiento económico.¹⁸

Los futuros historiadores tendrán como tarea elucidar el significado de las medidas propuestas por el Fondo Monetario Internacional y hasta qué grado éstas constituyeron un hito en la historia de Corea del Sur. Las siglas IMF, correspondientes a su expresión en inglés, desconocidas para la mayoría de la población hasta antes de diciembre de 1997, pa-

saron a tener un lugar central en la vida de la gente, convirtiéndose en tema cotidiano de conversación, en cuyo tono se subrayaba la intrusión de un factor inesperado que alteró por completo la forma de vida de todos los sectores de la sociedad.

La era de bonanza y dispendio, que en los diez años anteriores caracterizaron a una incipiente sociedad de consumo, cedió el paso al ahorro y la frugalidad. La reestructuración de la economía bajo la dirección del Fondo es un pesado fardo para una sociedad que mentalmente no estaba preparada para enfrentarse a estas nuevas circunstancias. En consecuencia, durante cierto tiempo la población sudcoreana tendrá que padecer el “síndrome del FMI” que le impone caminar por un rumbo confuso sin saber hacia donde dirigirse en medio de un entorno de caos social en el que se presentan desajustes por doquier.¹⁹

“IMFired”²⁰

A seis meses de la firma del acuerdo con el FMI se observaba que la sombra del desempleo se expandía por todo el territorio sudcoreano. En noviembre de 1997 la cifra de población desocupada era de 615 000. En 1998, según datos publicados por la Oficina Nacional de Estadística, la tasa de desempleo había alcanzado la cifra de un 7% en el mes de junio, sumando 1.53 millones de desempleados, la más alta registrada en 30 años. De acuerdo con esta información estadística, 1.43 millones de los desempleados se encuentran en el sector obrero, lo cual representa el 9.3% del número total de desempleados. A esta cifra deben agregarse las 460 000 personas que trabajan menos de 18 horas a la semana y las 182 000 que están suspendidas temporalmente de sus empleos, cifras que elevan la tendencia del desempleo a un número estimado de 2.1 millones de desocupados.²¹

Las repercusiones sociales de este fenómeno revisten diversas manifestaciones. En primer lugar, debido al carácter del mercado laboral sudcoreano una persona que ha perdido el empleo no tiene muchas expectativas de

conseguir otro debido a que no hay mucha movilidad laboral. Por otro lado, no hay un seguro de desempleo que permita paliar esta situación.

En consecuencia, los más afectados son las mujeres y los hombres de edad avanzada, a quienes se les cierran todas las puertas. El dramatismo de esta situación hace que el desempleo no sea simplemente un fenómeno económico ni tampoco un problema personal para quien pierde el trabajo, sino un factor de desequilibrio social que a la postre puede traer consigo, aparte de depresiones mentales, desintegración familiar, suicidios, delincuencia, etcétera.²²

Este callejón sin salida conduce, empero, a complicar más la situación social. En estas condiciones, el desempleo tenderá a tener otros efectos negativos, como el declive de la clase media, los conflictos laborales, la discriminación de las mujeres y la desesperanza de los jóvenes que ven incierto su futuro.

La decadencia de la clase media

Uno de los efectos sociales que tuvo la transformación de Corea del Sur fue el incremento de los niveles de vida y la tendencia generalizada a la conformación de una clase media, estrato que por su novedad resultó ser el sector clave del modelo de crecimiento. En efecto, la industrialización y el desarrollo económico contribuyeron a la formación de una clase media integrada por obreros y empleados de cuello blanco cuyo ingreso promedio antes de la crisis alcanzaba 2.5 millones de wones al mes (2 220 dólares). Una estimación general señalaba que este universo lo constituía aproximadamente un 40% de la población, aunque según los datos de una encuesta levantada en 1977, el 70% de la población se identificaba como miembro de esta clase media.

Ciertamente, el desempleo generalizado y la concomitante reducción del ingreso causaron el descenso de los niveles de vida de este sector mayoritario de la población. De acuerdo con un estudio realizado por Park Tae-in

(del Instituto de Investigación del conglomerado Hyundai), "La ruina de la clase media habrá de generar una serie de mayores dificultades, como son el descenso del consumo y la pérdida de ingresos fiscales, cuestiones que, a la postre, podrían provocar severos problemas sociales y políticos".²³

Por su parte, Park Gil-sung, sociólogo de la Universidad de Corea, hace otro tipo de reflexión y estima que el deterioro de la clase media —que hasta el momento de la crisis había sido el elemento principal de la integración social de Corea del Sur— podría agudizarse por efecto de las políticas del FMI, porque la revitalización de la economía de mercado propuesta traerá por consecuencia la profundización de la desigualdad entre las clases sociales, con lo que volverá a ampliarse la brecha entre los ricos y los pobres.

De continuar esta situación, el país entraría en una etapa de desequilibrio social cuyos efectos son difíciles de prever. Según este autor, los llamados patrióticos de ninguna manera son los mecanismos idóneos para evitar la inestabilidad social, así como tampoco éstos pueden expresarse por tiempo prolongado y a la postre los ecos de sus voces terminarán acallándose. Sin embargo, no puede pasarse por alto la gravedad de la situación y, en consecuencia, se hace necesario buscar otro tipo de medidas que permitan detener la caída de la clase media. De lo contrario, el desenlace sería terrible porque el deterioro económico conduce a la desintegración social y una vez que la sociedad haya agudizado su descomposición sus posibilidades de recuperarse no pueden ser inmediatas y habrá de transcurrir una generación para su completo resarcimiento.²⁴

El gobierno pareciera no tener respuesta al inminente quebranto de la clase media, y por tanto cualquier tipo de solución se encuentra en manos de los *chebol* y de los dueños de las grandes fortunas. La visión de este deterioro social reviste otros matices cuando se pone la mirada en otros aspectos relacionados con la contracción del empleo causada por la crisis.

Las vicisitudes del mercado laboral

Una de las características del modelo económico sudcoreano ha sido el control impuesto a los trabajadores, que limitó la posibilidad de organizarse a través de una auténtica fuerza sindical. Este aspecto requiere particular atención dadas las imágenes deformadas con que fuera de Corea del Sur se observa al movimiento obrero. Las manifestaciones de los trabajadores y el movimiento sindical son con frecuencia presentados en la prensa extranjera como actos de un radicalismo militante, xenófobo e incluso violento. No obstante, esta imagen difundida en el exterior dista mucho de corresponder con la realidad histórica, porque en honor a la verdad no fue sino hasta 1998 cuando hizo su aparición por vez primera la presencia abierta de los sindicatos en la vida política de Corea del Sur. En contraposición, los empresarios tuvieron siempre la posibilidad de influir en los asuntos públicos, por medio de las contribuciones financieras hechas a las campañas de los políticos, muestra fehaciente del vínculo simbiótico que se daba entre el gobierno y los grandes conglomerados.²⁵

No sería exagerado afirmar que la crisis económica obligó al gobierno y a los empresarios a voltear la cara hacia los trabajadores en búsqueda de acuerdos para revitalizar la economía. Empero, debido a la exclusión política en que por largo tiempo se mantuvo el movimiento laboral, el acercamiento no ha sido fácil. El encuentro se ha dificultado debido a que una vez puesto en marcha el proceso de reestructuración de los sectores público y privado éste tuvo efectos contrarios para los trabajadores, por lo que los dirigentes sindicales optaron por escudarse en el activismo y esgrimir la amenaza de realizar huelgas a escala nacional en protesta por los despidos masivos de trabajadores.

En un régimen democrático la relación entre el Estado y los sindicatos entraña la posibilidad de lograr acuerdos tanto políticos como económicos. Por el contrario, la experiencia histórica de Corea del Sur demuestra que las relaciones laborales siempre fueron áspe-

ras debido al modelo autoritario que guió al crecimiento económico. Ha llegado el momento de que el gobierno y los empresarios busquen los mecanismos institucionales para resolver los problemas laborales.

En este sentido, el gobierno debe presentar programas que comprendan la ayuda para los desempleados, la creación de programas de contención para quienes no tienen trabajo y una política de seguridad social que beneficie a todos los sectores de la población. Asimismo, el gobierno debe buscar los mecanismos que permitan a los sindicatos asumir su responsabilidad política, para lo cual es necesario romper con la práctica de mantener un sistema de sindicatos de empresa y reemplazarlo por otro más en consonancia con una nueva estructura de organización industrial.²⁶

Sin embargo, la posibilidad de replantear las relaciones laborales no fue expedita, lo cual ahonda el deterioro de la situación de los obreros. Así pareciera mostrarlo, por ejemplo, el acuerdo que por ese tiempo firmaron Hyundai Motor Co. y el sindicato de la empresa que puso fin a un mes de huelga, el 24 de agosto de 1998. La protesta del sindicato que agrupa a 26 000 trabajadores fue por la decisión de la empresa de despedir a 1 538 trabajadores. El acuerdo pactado de ninguna manera implicó la posibilidad de frenar el recorte de personal aunque, según el director de la empresa, éste sí contiene la intención de establecer un nuevo tipo de relaciones industriales, con el fin de limitar al máximo el despido de trabajadores.

Naturalmente, la mayoría de los observadores no quedaron convencidos de este argumento y le hicieron toda clase de objeciones. Mientras los dirigentes sindicales se refirieron escuetamente al acuerdo como un documento en que quedaron establecidas las bases de confianza mutua, el ministro del Trabajo lo calificó como el punto de partida de una nueva cultura laboral. Por su parte, otro funcionario del mismo ministerio subrayó el hecho del reconocimiento formal por parte del sindicato sobre la necesidad de efectuar los recortes laborales. Si se interpreta la cuestión

como un éxito, se trata entonces de un triunfo limitado que difícilmente oculta el hecho de que se trate de una decisión tomada bajo presión del gobierno. A este respecto, la Federación Coreana de Trabajadores fue categórica cuando afirmó: "Es verdaderamente lamentable que el caso Hyundai haya sido resuelto por una lógica política y no por principios económicos. Se ha establecido un mal precedente que en el futuro tendrá efectos negativos para el resto de los trabajadores de otras empresas".²⁷

Empero, más allá del ámbito de los trabajadores organizados hay otros aspectos relacionados con el empleo que hacen más dramática la situación porque afecta a la mano de obra femenina y a la incorporación de las nuevas generaciones al mercado laboral.

Mujeres discriminadas; jóvenes desmoralizados

Según se ha señalado, en las últimas tres décadas la construcción en Corea del Sur de una sociedad industrializada produjo una serie de transformaciones sin precedente histórico. Los cambios más evidentes se operaron en las relaciones humanas, los valores, los patrones de conducta y la mentalidad de la gente. Al fragor de este proceso, la sociedad terminó haciéndose dependiente de las organizaciones y la vida social se alteró debido al uso generalizado de la técnica y la aparición de los primeros brotes de una cultura de masas.

Los efectos más notables del rápido crecimiento económico se manifestaron en los hábitos de alimentación, ropa y vivienda; pero sobre todo en una creciente inclinación al consumo. Por otro lado, la industrialización y la urbanización impulsaron también cambios en la composición de la familia. Ésta pasó de ser una familia extendida a adquirir el carácter de nuclear. No obstante, debido a la celeridad con que acaecieron todas estas transformaciones, no pudieron evitarse los conflictos planteados por la continuidad de ciertos elementos tradicionales en la vida social.²⁸

En la sociedad coreana tradicional no había espacio para la expresión de la identidad individual porque ésta estaba determinada por un sistema de relaciones jerárquicas que definía los papeles que cada cual debería jugar, de acuerdo con el lugar que se ocupaba dentro del sistema. La ideología confuciana consagraba todas estas reglas de comportamiento social imbuyendo el respeto a las jerarquías y el reconocimiento a las diferencias de posición lo que, en el caso de las mujeres, significaba aceptar los valores de sumisión a la autoridad y conformidad con la tradición. Las mujeres estaban sometidas a tres tipos de obediencia: cuando niña estaba sujeta a su padre; al casarse, a su esposo, y como anciana, a sus hijos.²⁹

La sociedad coreana tradicional era entonces una sociedad verticalmente organizada, fundada en un orden social de carácter desigual que definía la posición de la mujer en un grado extremo, según lo denota el sentido de la siguiente frase: *namdyon yobi*; "honor al hombre y menosprecio a la mujer".

Los cambios producidos por la transformación moderna han ido paulatinamente modificando esta idea pero no la han erradicado y tiende a reforzarse en períodos de crisis como la actual. En los albores de la industrialización se dio un éxodo de la población campesina a los centros urbanos. La mayoría de estos emigrantes fueron mujeres jóvenes de entre 20 y 29 años. En el período de 1961 a 1965, las mujeres representaron el 53% de la mano de obra; de 1965 a 1970, el 51%, y de 1970 a 1975, el 54%. La mano de obra femenina era la base de las principales industrias exportadoras como la textil, la del vestido, el calzado y la electrónica, donde sus condiciones de trabajo revestían un carácter de verdadera explotación, con jornadas laborales de quince horas, escasos días de descanso y bajos salarios.³⁰

Con el paso del tiempo estas condiciones de trabajo mejoraron, pero la situación de las trabajadoras ha mantenido este carácter desigual porque en la mayoría de los casos ellas tienen un papel de segundo rango en los cen-

tros de trabajo, manifestado en el monto de sus salarios y la escasa oportunidad de lograr un ascenso. Esta discriminación del personal femenino se hizo más ostensible a raíz de la crisis económica, cuando las compañías al verse impelidas a efectuar recortes en su planta de trabajadores, decidieron presionar en primer lugar a las empleadas para persuadirlas de que renunciaran “voluntariamente” a sus puestos. Esta situación aconteció por igual en las fábricas, las compañías de seguros, los departamentos de ventas, los hospitales y los centros de investigación. Las candidatas más idóneas son aquellas pertenecientes a familias con un doble ingreso o que tienen una mayor antigüedad en el empleo.³¹

Otro efecto de la crisis económica se observa no sólo en las mujeres que trabajan, sino también en aquellas cuyos esposos han sido despedidos, porque se ven imposibilitadas de encontrar un empleo para poder solventar su situación, lo cual ha dado como resultado la reducción de las mujeres al papel tradicional de amas de casa y esposas, según se ha expresado en un estudio conducido por la investigadora sobre problemas de género, Chung Young-ai.³²

Sobre este aspecto de la discriminación es muy poco lo que pueden hacer los organismos de defensa de los derechos de las mujeres, ya que la discriminación laboral es un asunto que rebasa el horizonte de las propuestas hechas en el pasado, donde las preocupaciones sobre la mujer giraban en torno a la reforma del derecho de la familia y el combate contra la violencia sexual.

En el caso de los jóvenes varones, el tránsito a una sociedad industrializada no ha logrado borrar por completo el control ejercido por sus padres y se mantiene el exhorto a observar el respeto a los mayores y la piedad filial, la virtud por excelencia en el patrón de conducta confuciano. No obstante, los cambios operados en la estructura de la familia tradicional tienden cada vez más a establecer a un nuevo tipo de valores y de relaciones sociales.

La juventud ha tenido una contribución significativa en el proceso de industrialización. En primer lugar figuran aquellos jóvenes que no lograron tener acceso a una mayor educación, pero asumieron plenamente su responsabilidad y acometieron el reto de contribuir a la industrialización. Estas condiciones fueron desventajosas si se comparan con las oportunidades que han tenido aquellos que pudieron proseguir estudios superiores, de ahí que este primer grupo no deje de abrigar un sentimiento de amargura y frustración.³³

La educación reviste entonces una singular importancia en la construcción del modelo industrial sudcoreano, porque en ella ha radicado una de las claves primordiales del éxito. No obstante, estas condiciones también han variado y las posibilidades de que los graduados universitarios consigan de inmediato un empleo ya no están garantizadas. En la década de los sesenta, la tasa de desempleo fue muy alta en este sector. La situación se equilibró en la siguiente década, pero tendió a complicarse en los ochenta debido al incremento de la matrícula en las universidades.³⁴

A raíz de la crisis se hizo más evidente que el desempleo había registrado el descenso mayor jamás experimentado en la historia sudcoreana, y su efecto más grave ha sido la reducción de la contratación de jóvenes graduados. En tiempos normales, un mes después de haberse celebrado los exámenes de admisión en los centros de trabajo, los nuevos empleados eran asignados a sus labores. Después de la crisis, en la mayoría de los casos se les ha pedido a los jóvenes que aprobaron los exámenes esperar indefinidamente la oportunidad de ser contratados. El gobierno ha tratado de dar una respuesta al problema creando fondos especiales para programas de empleo que permita a unos 10 000 jóvenes obtener capacitación. Por esas primeras fechas, el primer ministro Kim Jong-pil anunció un proyecto de 554 mil millones de wones para crear cerca de 450 000 empleos.³⁵

Mientras se ponen en marcha estos proyectos, miles de recién egresados de las uni-

versidades han asistido a varias ferias de empleo en busca de oportunidades de trabajo. La mayoría de ellos se ven sometidos a una severa competencia dada la gran demanda y la reducida oferta de trabajo. Se estimaba que de los 195 000 estudiantes que egresarían de las universidades en la primavera de 1999, 71.2% (139 000) no podrán encontrar colocación. Sumada esta cantidad a la ya existente de 230 000 ó 250 000 graduados recientes sin empleo, el número de desempleados podría llegar a 400 000 la próxima primavera.³⁶

Lejanos están los días cuando un diploma de las universidades de mayor prestigio como la Universidad Nacional de Seúl, Yonsei, Corea, Sogang o la Universidad Femenina de Ehwa, era el pasaporte para conseguir los trabajos mejor remunerados. En el primer año de la crisis sólo el 20% de los egresados de estas universidades encontraron empleo. La situación se torna más complicada porque los jóvenes tienen que competir con un número importante de trabajadores con experiencia que también buscan empleo, lo cual disminuye sus posibilidades de contratación.

Ante tal disyuntiva, muchos de estos jóvenes buscaron diversas salidas. Unos prefirieron adelantar el cumplimiento del servicio militar obligatorio, mientras otros se prepararon para los exámenes de ingreso en la administración gubernamental, se inscribieron para tomar cursos de capacitación, con el fin de poder lograr una mejor calificación, y solicitaron su ingreso a programas de posgrado impartidos en el país y en el extranjero. Empero, la crisis también jugó en contra de esta última posibilidad debido a la depreciación del won; para muchos de ellos resultaba difícil poder sufragar los gastos de matrícula y estancia en países extranjeros.

Epílogo

Un texto dedicado a explicar hechos acaecidos en la historia inmediata deja siempre muchos vacíos por cubrir; por tanto, no se puede bajo ningún concepto intentar plantear conclusiones. El estudio de la crisis enfrentada por el

pueblo y el gobierno de Corea del Sur entraña un ejercicio de análisis más comprensivo. Como se ha mencionado, el propósito de este trabajo tiene pretensiones más modestas: señalar, por un lado, el camino recorrido por el proceso de transformación histórica en la segunda mitad del siglo XX, época marcada por vicisitudes y logros protagonizados por la sociedad sudcoreana en su conjunto, y por otro, evocar los episodios más sintomáticos de los efectos provocados por la crisis, cuyos alcances van más allá del ámbito de la economía y repercuten en el todo social.

De entre éstos destaca la paradoja que entraña observar como todos aquellos factores que antaño fueron reconocidos como los propulsores del éxito, hoy parecieran operar en sentido contrario al hacerse evidente las fisuras que presenta el otrora considerado sólido modelo de desarrollo. Sin embargo, pese a tales descalabros, no debe perderse de vista que la modernidad capitalista de Corea del Sur se fincó sobre las bases de su cultura tradicional y de nuevos elementos de la cultura moderna aportados por el cristianismo, la colonización japonesa y la ocupación de Estados Unidos. Su motor fue la hegemonía de un Estado autoritario que condujo férreamente la instauración de un modelo de crecimiento económico fincado en el binomio gobierno-*chebol*, clave de la industrialización y la inserción en el mercado mundial.

El reconocimiento de estos logros entraña referirse al impulso de un sentimiento nacionalista prohijado por el régimen militarista que, a la manera de ordenanzas militares, generó en la población la necesidad de realizar esfuerzos para superar cualquier obstáculo. Este caudal de potencial humano que en el pasado hizo posible la transformación sigue siendo la esperanza para remontar los nuevos obstáculos. A principios de 1997, la población de Corea del Sur mostraba una gran confianza en su futuro. Un año después esta seguridad se tornó en desilusión debido al quebranto de la economía. Esta frustración generó un resentimiento que vio en la intrusión del Fondo Monetario Internacional un golpe contra el


orgullo nacional y concomitantemente la pérdida de la esperanza en el futuro de la nación.

La recuperación de la confianza de la población es la clave para intentar la reforma del modelo económico y poder fincar otras bases que permitan regenerar a la nación. Al respecto, tampoco debe perderse de vista que la necesidad de reformar la economía no es nueva, pues se planteó desde la década de 1980, sólo que en ese momento no prosperó porque su consecución implicaba replantear las relaciones entre el gobierno y los grandes conglomerados, lo cual significaba romper con todas las distorsiones que los vínculos entre el Estado, los empresarios y el sistema financiero habían generado. Dicho en otros términos, se trata de un círculo vicioso al que debe ponerse fin para dar paso a un nuevo sistema político fundado en una nueva legislación, la renovación de las instituciones y la participación ciudadana y otras formas de conducción de la economía.

La tarea ya ha sido emprendida y los resultados del proceso en marcha deberán ser objeto de ulteriores reflexiones. Por ahora sólo debe quedar como corolario un elemento significativo: en la civilización del este de Asia, donde se inscribe la cultura coreana, el término crisis se expresa con los caracteres chinos *ui*, peligro, y *ki*, oportunidad. Lo anterior quiere decir que después de un tiempo de decadencia viene la ocasión de desechar lo viejo y abrir la puerta a la llegada de lo nuevo.

Notas

- 1 Young Soo-gil. *New Challenges to the Korean Economy and their International Implications*. Korea Development Institute. Working Paper, núm. 9004, Seúl, abril de 1990, p. 1.
- 2 *Ibidem*, pp. 8-9.
- 3 Woo Jung-en. *Race to the Swift. State and Finance in Korean Industrialization*. Nueva York: Columbia University Press, 1991.
- 4 Robert Wade. *Governing the Market. Economic Theory and the Role of Government in East Asian Industrialization*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1990, p. 322.
- 5 Lee Hee-Kyung. "Concept du han", *Revue de Corée*. vol. 28, núm. 2, Seúl, 31 de diciembre de 1996, pp. 55.
- 6 *Ibidem*, p. 56.
- 7 *Ibidem*, pp. 54-55.
- 8 Kim Choon Soon. *The Culture of Korean Industry. An Ethnography of Pongsan Corporation*. Tucson & London, The University of Arizona Press, 1992, p. 16.
- 9 Respecto a estos puntos vea Roger L. Janelli y Dawnhee Yim. *Making Capitalism. The Social and Cultural Construction of a South Korean Conglomerate*. Stanford, California, Stanford University Press, 1993.
- 10 Tony Emerson y B. J. Lee. "Corea del Sur. Medicina importada", *Newsweek* en español, 17 de diciembre de 1997, pp. 20-21.
- 11 "Gold Collecting Movement", *Newsreview*, 28 de febrero de 1998, p. 11.
- 12 "Citizens Advised to Spend Wisely Without Wastefulness or Extreme Frugality", *Newsreview*, 31 de enero de 1988, p. 9.
- 13 Shim Jae Hoon y Charles S. Lee. "South Korea. Unlocking The Citadel", *Far Eastern Economic Review*, 26 de marzo de 1998, p. 10.
- 14 *Ibidem*, pp. 10-11.
- 15 *Idem*.
- 16 *Ibidem*, p. 11.
- 17 Martin Hart-Landsberg. *The Rush to Development. Economic Change and Political Struggle in South Korea*. Nueva York: Monthly Review Press, 1993.
- 18 Mark. L. Clifford. *Troubled Tiger. Businessmen, Bureaucrats, and Generals in South Korea*. Armonk, N.Y. y Londres, M. E. Sharp, 1994, pp. 332-334.
- 19 Chung Jeh-won. "IMF Syndrome: Where is Korean Society Heading?", artículo aparecido en *Monthly Newsmagazine*, en su número de marzo de 1998. Reproducido en *Korea Focus*, vol. 6, núm. 2, marzo-abril de 1998, p. 53.
- 20 'Estoy despedido', juego de palabras construido con las siglas en inglés del FMI, escrito en una pancarta de protesta.
- 21 "Jobless Rate Hits 30-Year High", *Newsreview*, agosto de 1998, p. 28
- 22 Yoon Jin-ho. "IMF Regime and the Unemployment Crisis", revista *Hwanghae*, primavera de 1998, reproducido en *Korea Focus*, marzo-abril de 1998, p. 36.
- 23 Yoo Cheong-mo. "The Battered Middle Class", *Newsreview*, 8 de agosto de 1998, p. 11.
- 24 Park Gil-sung. "Korea's Collapsing Middle Class", *The Segye Times*, 23 de marzo de 1998. Reproducido en *Korea Focus*, marzo-abril de 1998, pp. 146-148.
- 25 Robert J. Fouser, "Productivity Issues", *Newsreview*, 1 de agosto de 1998, p. 16.
- 26 Choi Jang-jip. "IMF Crisis and Cooperative Labor-Management Relations", *Joon Ang Ilbo*, 13 de julio de 1998. Reproducido en *Korea Focus*, julio-agosto de 1998, pp. 114-115.
- 27 "Back to Work. Labor and management strike a deal and Hyundai returns to business as usual", *Newsreview*, 29 de agosto de 1998, p. 25.
- 28 Kim Kyong-Dong. "One Generation in Korean Society", *Korea Journal*, vol. 26, núm. 9, septiembre de 1986, pp. 10-22.
- 29 Sandra Mattielli (ed.) *Virtues in Conflict: Tradition and the Korean Woman*. Seúl, Samhwa, 1977.
- 30 Martin Hard-Landsberg, *op. cit.*, p. 181.

- 31 Byun Eun-mi. "Hard Economic Times Harder for Female Workers", *Newsreview*, 17 de enero de 1998, p. 30.
- 32 "Women's Traditional Role Reinforced, Work Status Worsens Amid Slump", *Newsreview*, 20 de junio de 1998, p. 15.
- 33 Kim Kyong-dong. "The Alienated Classes", *Korea Journal*, vol. 26, núm. 10, octubre de 1986, p. 36.
- 34 Donald Stone Macdonald. *The Koreans. Contemporary Politics and Society*. Boulder-San Francisco-Oxford, Westview Press, 1990, p. 90.
- 35 Jun Kwan-woo. "Gov't to Finance Buisness Internship Program for College Graduates", *Newsreview*, 16 de mayo de 1998, p. 13.
- 36 "A Fair Shot at a Job. Graduating students hope to get a jump on the tough job market", *Newsreview*, 5 de septiembre de 1998, p. 12. 

La serie "Cuenca del Pacífico: retos y oportunidades para México" es una colección integrada por cinco volúmenes, bajo la coordinación general de Melba E. Falck Reyes.

Volumen 1. *Economía y cultura en la Cuenca del Pacífico*, editado por Geneviève Marchini.

Volumen 2. *El modelo de desarrollo asiático. Relevancia para México*, editado por Melba E. Falck Reyes y Roberto Hernández Hernández.

Volumen 3. *Jalisco y su inserción en la Cuenca del Pacífico*, editado por Dagoberto Amparo y Melba E. Falck Reyes.

Volumen 4. *What's in a Name? Globalization, Regionalization, and APEC*, editado por Arturo Santa Cruz.

Volumen 5. *Agricultura en la Cuenca del Pacífico*, editado por Roberto Hernández Hernández.



Volumen 1. Economía y cultura en la Cuenca del Pacífico

Geneviève Marchini
editora

Primera edición, 2003
Universidad de Guadalajara

Precio estudiantes \$180.00
Precio público \$360.00



Volumen 2. El modelo de desarrollo asiático. Relevancia para México

Melba E. Falck Reyes
Roberto Hernández Hernández
editores

Primera edición, 2004
Universidad de Guadalajara

Precio estudiantes \$120.00
Precio público \$240.00

De venta en: librería el Kiosco, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades,
Av. Alcalde esquina Av. de los Mestros, edificio G, planta baja, Guadalajara, Jalisco